

DÉCIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La recuperación de la adicción sexual suele llegar a un momento crucial cuando nos damos cuenta de que comprender nuestro problema no es suficiente para cambiarlo. Podemos reconocer nuestras conductas, sentir convicciones sinceras y desear la libertad, pero aun así nos encontramos regresando a la fantasía, al secreto o al comportamiento compulsivo. Un cambio duradero requiere más que solo conocimiento. Exige entrega, responsabilidad y disposición para empezar otra vez con nuevas condiciones.

En la segunda lectura de este domingo, San Pablo presenta una imagen poderosa de esta transformación (Romanos 6:3-11):

Todos los que hemos sido incorporados a Cristo Jesús por medio del bautismo, hemos sido incorporados a su muerte. En efecto, por el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva.

Esto se refiere directamente a la recuperación. Algo viejo debe ser entregado para que algo nuevo pueda echar raíces. No podemos permanecer apegados a las conductas que alimentan la adicción sexual mientras esperamos vivir en libertad.

Este cambio está estrechamente relacionado con el Paso Uno. Llegamos a admitir que éramos impotentes ante la lujuria y que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables. Esta admisión incluye comportamientos, pero también va más allá. Incluye nuestros pensamientos, fantasías, hábitos de concentración, escapes emocionales y las maneras en que hemos utilizado a otras personas o imágenes para evitar el dolor, la soledad, el temor o la vulnerabilidad. El Paso Uno nos pide que dejemos de fingir que podemos manejar estos patrones de forma privada.

Para muchos de nosotros, poder darnos cuenta de lo que está pasando es algo que se desarrolla lentamente. Puede ser que hayamos intentado confiar en la fuerza de voluntad, la convicción religiosa, los filtros, las promesas o la determinación impulsada por la culpa.

Algunas de estas herramientas pueden estar en un lugar correcto, pero ninguna puede sustituir la honestidad, la entrega y la unión. Cuando mantenemos la recuperación en lo privado, seguimos siendo vulnerables al mismo secreto que motivó que la adicción creciera. Lo que nos cambia no es simplemente esforzarnos más, sino estar dispuestos a vivir con verdad en Dios y en los demás.

Esto puede sentirse como dejar morir al viejo yo. Puede ser que tengamos que renunciar al acceso a las cosas, a las rutinas, a las relaciones, a los hábitos en los medios de comunicación o a pensamientos que antes parecían inofensivos. Puede ser que lamentemos haber perdido los mecanismos de afrontamiento que nos daban un consuelo temporal. Sin embargo, lo que se siente como una pérdida puede convertirse en el comienzo de la libertad verdadera. Cuando dejamos de proteger una vieja conducta, creamos el espacio para que obre la gracia.

San Pablo nos recuerda que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya nunca morirá. La muerte ya no tiene dominio sobre Él. Esta es la esperanza que yace en el centro de la recuperación. La lujuria, el secreto y la culpa no tienen por qué definir nuestro futuro. Por medio de Cristo, una nueva forma de ver, amar y relacionarse es posible.

El Evangelio confirma el costo que tiene este cambio (Mateo 10:37-42). Jesús nos enseña que seguirle implica ponerlo a Él por encima de todo. En la recuperación, esto significa que la libertad debe ser más importante que la comodidad, el secreto o el consuelo inmediato. No podemos aferrarnos al mismo tiempo a la lujuria y a la nueva vida que Cristo ofrece.

En la práctica, esta nueva vida crece por medio de decisiones cotidianas. Practicamos ser transparentes mediante la honestidad. Buscamos ayuda antes de que la tentación se convierta en una crisis. Somos responsables ante un padrino, madrina o una persona de confianza. Protegemos nuestros ojos, nuestra imaginación y nuestra manera de usar la tecnología. Buscamos los Sacramentos, la oración y la comunidad como fuentes de fortaleza.

La imagen final que presenta el Evangelio también es significativa. Jesús dice, que incluso un vaso de agua fría dado a otra persona, no perderá su recompensa. En la recuperación de la adicción sexual, los pequeños actos de humildad importan. Una llamada por teléfono, reportarnos con honestidad, decidir apartar la mirada de algo o tener un momento de oración, pueden parecer ordinarios, pero estas decisiones crean un nuevo modo de vida.

La recuperación no es cuestión de perfección. Se trata de tener dirección. Cada día presenta una nueva oportunidad para elegir la honestidad en lugar del secreto, la unión el lugar del aislamiento y la libertad en lugar de la compulsión. Al entregar nuestra vieja forma de vivir, comenzamos a recibir la nueva vida que Dios siempre nos ha estado ofreciendo.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué conductas, hábitos o acceso a cosas estás llamado a entregar en este tiempo?
- ¿Cómo te ayudan la honestidad y la responsabilidad a pasar del secreto a la libertad?
- ¿Qué pequeñas decisiones cotidianas están ayudándote a formar un nuevo patrón de vida?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 2 Reyes 4:8-11, 14-16a

SAL. RESP. Salmo 89:2-3, 16-17, 18-19

SEGUNDA LECTURA Romanos 6:3-4, 8-11

EVANGELIO Mateo 10:37-42